

PALABRA POR PALABRA

La palabra crea mundo. Y de entre todos los tipos de palabras, son los nombres con los que tenemos una relación más instintiva y temprana. Desde el momento en que nuestros padres nos dan un nombre, éste nos individualiza y socializa. En nuestros primeros meses de vida el universo se nos presenta como una algarabía de sonidos ininteligibles que invaden nuestros oídos, y que vamos descifrando trabajosamente hasta que un día articulamos un balbuceo de primera palabra y primer nombre. Aprendemos poco a poco a nombrar a aquel que vela nuestro sueño, lo que sacia nuestra sed, lo que nos proporciona calor. Nuestras reducidas fronteras se expanden y todos los días descubrimos pequeños prodigios cuyo nombre aprendemos, y con cada nuevo término adquirido vamos ampliando nuestro círculo social, amueblando nuestra casa, en definitiva construyendo mundo.

Los sustantivos que progresivamente incluimos en nuestro léxico dependen en gran medida de los entornos que nos rodean. Así, el entorno físico suele determinar el momento en el que aprendemos un término: es muy posible que un niño ovetense adquiriera antes el sustantivo "castaño" que "almendro", mientras que a uno cartagenero le sucederá a la inversa, aunque los dos terminarán por incorporar ambas palabras a su vocabulario, pues forman parte de un acervo lingüístico común, el del castellano de España. Por el contrario, los entornos culturales tienen la virtud de generar vocablos e incluso terminologías completas no transferibles de un entorno físico a otro, ya sea porque las manifestaciones a las que remiten son privativas de un solo lugar, o porque utilizan palabras de uso general pero con acepciones culturalmente marcadas que las asocian a referentes distintos de los habituales: al primer grupo pertenecerían los *paxarines* y *bollos preñaos* de las fiestas de San Mateo en Oviedo, al segundo los *tronos* y *capirotos* de nuestras procesiones. Supongo que como muchos cartageneros, fui adquiriendo los términos singulares de nuestra Semana Santa desde mi más tierna infancia. Nací en el seno de una familia apasionadamente procesionista (que no cofrade, aunque también), marraja y de San Juan, en la que se hablaba de Semana Santa todo el año. Mi padre era andariego y aficionado a hacer tertulia procesionil en cualquier momento, y siempre me llevaba pegada a él en sus paseos de las tardes. "Ya sabes que voy a la sastrería, luego no me digas que te aburres", me decía antes de salir de casa con un guiño cómplice, porque sabía que jamás en mis largas horas de infancia en la Sastrería Vilar salió una queja de mis labios. Me sentaba o deambulaba mirando las piezas de tejido, entre las que nunca

faltaban el terciopelo rojo y el morado, y escuchaba a mi padre hablar con Asensio, con Chencho, con Eduardo y con otros marrajos que también visitaban la sastrería, de lo que más les gustaba hablar: de procesiones cartageneras. Fue allí, -y también en el estanco de Paco Rojas, y en casa de mi abuelo, y en pequeñas tertulias improvisadas en medio de la calle cuando se encontraban por casualidad dos o tres procesionistas de cualquier color-, donde mi mente niña fue construyendo todo un mundo a base de vocablos únicos e intransferibles a otro lugar y a otra experiencia de la Semana Santa , un mundo evocador de sensaciones intensas y emociones profundas que he atesorado en mi corazón a lo largo de los años, que me ha ligado a mí misma y a esta tierra como nada, absolutamente nada más, ha podido hacerlo.



PORTAPASOS (AHM)

Y es un mundo donde no todos los *procesionistas* son *cofrades* ni por desgracia todos los *cofrades* procesionistas, un mundo de *cofradías* (que no hermandades) donde uno tiene a gala ser *californio* (que no encarnado), *marrajo* (que no morado) o *resucitado* (que no blanco) y de una determinada *agrupación* (que no de una cofradía, aunque también), un mundo donde los *penitentes* o *capirotes* (que no nazarenos) se ajustan a la cabeza un *pirulí* (y no un capirote), cogen su *hachote* y *forman tercio* detrás de su *sudario* o *estandarte* para preceder a su *trono* (que no a su paso, pues en Cartagena el *paso* es lo que hay que *marcar* toda la procesión), frente al cual no suele faltar algún *nazareno* ya entrado en años con el *mocho calao* hasta las cejas, un mundo en el que el pueblo muestra la devoción a sus Vírgenes saliendo tras ellas de *promesas* (que no de penitentes), un mundo, en fin, que

también tiene sus contradicciones, pues los tronos los llevan los *portapasos* (en vez de los "portatronos" como sería lógico. Eso sí, jamás se ha visto un costalero bajo un trono en Cartagena, o al menos no hasta fechas muy recientes... , y los *judíos* lucen uniforme de soldado romano y desfilan a los sones del *perico pelao*. Es un mundo que cada Semana Santa estalla en una sincronía de luz y oscuridad, colorido y luto, capas de ricas telas con lujosos bordados sobre sencillas túnicas de lana, exóticas orquídeas junto a comunes claveles, altísima música de fanfarria y sobrios tambores con sordina, cuerpos rotos y ojos sin sueño, arte, cultura, devoción, emoción, un mundo donde cada elemento es producto de una tradición secular que lo individualiza, lo hace singular, distinto, propio, no transferible, no intercambiable, como tal lo es también la palabra que lo crea. Es un mundo que nos hace lo que somos mediante lo que fuimos, el que nos legaron nuestros padres y que debería enorgullecernos transmitir a nuestros hijos. Y eso sólo se puede hacer palabra por palabra, que no una palabra por otra.

ANA FÚSTER MARTÍNEZ